

# El Rvdmo. P. Maestro Fr. Eustasio Esteban, Prior General de la Orden de San Agustín (1860-1945)

POR  
LOPE CILLERUELO, O. S. A.

## CAPITULO XX (\*)

### **Ultima enfermedad**

En apariencia había tenido buena salud en los últimos años, sin que se le pudiera notar mal alguno, fuera de los achaques ordinarios de la vejez. De sus enfermedades inveteradas nadie sabía nada en concreto. Pero ya en el vapor, Sor Luisa advirtió que se ponía malo, como si le diera un vahido, o como si hubiese cogido una pulmonía. El médico le asistió, cortó el mal de momento, de manera que el anciano siguió en pie y no se habló más del asunto. El médico ocultó el género de enfermedad y todos quedaron persuadidos de que era una pulmonía cortada a tiempo, o un catarro. Unicamente él advirtió que aquel mal era cosa muy rara, ya que nunca le había dolido antes la cabeza y había podido trabajar a pesar de sus achaques.

Cuando llegó definitivamente al Perú los síntomas se fueron agravando poco a poco. No hubo más remedio que

---

(\*) Véase «ARCHIVO AGUSTINIANO», septiembre-diciembre 317-344.

contar con los médicos y éstos intervinieron. Los Doctores Mostajo y Gastagneta estuvieron de acuerdo en el diagnóstico: cáncer de estómago. Como a él no le dijeron una palabra, continuó haciendo su vida ordinaria con la mayor naturalidad:

—No he encontrado en toda mi larga vida, advertía el Dr. Mostajo, un hombre de tanta resistencia.

Antes de caer en cama, Sor Luisa le encontró decaído y como algo triste. Al preguntarle qué tenía, confesó que se sentía falto de fuerzas y que lo lamentaba, pues ya no podría en adelante ir a celebrar misa a casa de S. Rafael. Sor Luisa, que conocía ya el diagnóstico y estaba atenta al valor indomable con que sobrellevaba las fatigas, comprendió que el mal se hacía insoportable y que todo estaba terminado.

También Fr. Antonio conocía el diagnóstico y procuraba disimular lo mejor que podía sus temores. El anciano se sentía débil: a veces creía que era cuestión de debilidad y que con mejor alimentación se pondría en condiciones de trabajar. Pero Fr. Antonio, advertido por el Superior, trataba de convencerle de que el médico prohibía los alimentos fuertes: tratamiento a base de líquidos.

El día de su Santo (28-3-45) vinieron a felicitarle al convento todas las monjitas de la Congregación con las niñas. Se conmovió hasta derramar lágrimas, pero todos vieron que su rostro estaba casi cadavérico.

Al fin, el Superior de acuerdo con los médicos, se determinó a trasladarle al Hospital para que las monjitas de Sta. Ana le asistieran del mejor modo posible. Al principio se negó a ir al Hospital, creyendo que exageraban el mal, pero luego comprendió que le estaban ocultando la verdadera naturaleza de la enfermedad y entonces se resignó a dejar a todos hacer lo que quisieran. En el Hospital comenzaron las transfusiones de sangre y él se asombraba todavía, creyendo que le querían arreglar con inyecciones y pinchazos. No comprendía aún porqué le velaban, de

noche. Fr. Antonio y Fr. Pascual Delgado venían todos los días y hasta las monjas podían visitarle en el Hospital. Invariablemente advertía que pensaba todavía recuperarse. El Dr. Mostajo seguía el curso de la enfermedad, cada día más asombrado:

—Esto es extraordinario, decía. Otro hombre cualquiera habría muerto hace ya muchos años.

De pronto, se presentó el Superior y habló palabras graves y solemnes, avisándole de que cada noche vendría a velarle un Padre del convento. Entonces por primera vez vió con claridad que su carrera terminaba a pasos rápidos. Pero se apresuró a advertir al Superior que le hablase con la mayor claridad posible y le tuviese al corriente de las palabras de la ciencia.

Comulgaba todos los días de manos del Capellán, pero durante la noche deliraba y perdía el sentido por su debilidad. Uno de los que le velaron nos dice: «la gratitud, flor inequívoca de la virtud, resplandecía en grado muy alto en su comportamiento. Un servidor le veló durante dos noches y ambas las pasó delirando. Pero hacia las cuatro de la madrugada, de una manera sorprendente, recobraba el juicio más claro y era entonces de ver el fervor con que empezaba a prepararse para la comunión con jaculatorias en latín, italiano y castellano. Al volver en sí y reparar en mi presencia, se sintió emocionado y comenzó a expresarme su humildad y gratitud. Esta misma gratitud manifestó al Hno. Pascual y a todos cuantos le hacían algún beneficio. Mucho había sufrido y quizá por eso se emocionaba al verse entre corazones generosos».

La víspera de su muerte fue a visitarle el Sr. Nuncio Apostólico, Fernando Cento y le dio la Bendición Apostólica. Mucho le consoló esa representación oficial de la Iglesia, por la que tanto había luchado. Llegó luego su confesor, P. Domingo Berasátegui. El anciano le dio las gracias por todo cuanto había hecho por él. Le dió también su bendición diciendo: «¡Dios te haga santo! Des-

pués, como lo había hecho en otras ocasiones, bendijo a toda la Orden de S. Agustín. La víspera, a las diez de la mañana, había hecho confesión general de toda su vida, y por la tarde el Superior del convento le había administrado el Sto. Viático y los Stos. Oleos. El moribundo participó en todas las ceremonias con gran serenidad y devoción. «Es increíble, decía el Dr. Mostajo. Hace ya diez días que está muerto».

Ese mismo día, víspera de la muerte, todas las religiosas de la Congregación, unas 30, se acercaron a recibir su última bendición. El Padre, recordando quizá la muerte de su abuelo y padrino, las hizo desfilar una por una para bendecirlas y repetirles una palabrita personal de consuelo. Luego les aconsejó a todas la caridad cristiana y la unión agustiniana de corazones. Cuando terminaba de hablar, se conmovió de improviso, al pedirles perdón por todo lo que les hubiera podido molestar. Ya no podía levantar las manos, pero sacaba fuerzas de flaqueza y repetía: «hágase tu voluntad - en tiempo y eternidad», que era su jaculatoria favorita, juntamente con la otra: «¡Dios mío, por amor!».

Cuando le tocó la vez a Sor Luisa, ésta se mostró inconsolable, calculando las consecuencias que aquella muerte tendría para ella. El Padre cortó la lamentación, diciendo: «ahí está el Sagrario, ahí está la lectura espiritual. Ten paciencia, vuélvete hacia Dios, que el destierro es breve». Esta Sor Luisa tuvo empeño en asistir a su muerte, no solo por el afecto que sentía hacia él, sino también por curiosidad. En cierta ocasión había dicho la M. Rafaela que la muerte del Padre sería como el sueño de una criatura, y la tradición iba de boca en boca.

Efectivamente, la agonía fue muy corta. El Padre se recogió a orar, elevó sus ojos al cielo, sin que ninguno de los presentes se diera cuenta exacta de que era el fin, y suspiró. Era el último suspiro. Murió a las siete de la tar-

de del 26 de Abril, fiesta de Ntra. Sra. del buen Consejo, de quien era tan devoto.

Sor Luisa cree que sabía el día de su muerte y lo deduce de una conversación que el P. tuvo unos días antes con el P. Comisario Provincial de la Provincia de Filipinas. Cuando el P. Comisario animaba al enfermo, diciéndole que tenía mejor aspecto y que las cosas iban bien, el anciano sonrió para quitar importancia a sus palabras, pero dijo con firmeza: «¿no le parece, P. Comisario, que el día de la Virgen del Buen Consejo es una buena oportunidad para presentarse ante Dios?».

De su cabecera recogieron la Pequeña Novena a San Agustín que desde la edad de 16 años rezó diariamente durante toda su larga vida. Está formada con las mismas palabras de San Agustín y ya corre por ahí impresa en una hojita suelta.

Terminaremos aquí con unas palabras de Sor Luisa: «Piadosamente creemos que voló al Cielo. Yo me conceptúo con pocas luces; pero comprendo y digo en la presencia de Dios que es de justicia dar a conocer a un religioso de tan probada virtud y ejemplaridad. No era un religioso vulgar, razonablemente no se le podía tachar en nada».

El P. Francisco Díaz fue también a visitarle, como los demás religiosos agustinos. Al ver que tenía el Breviario y el Rosario en la mesilla, le preguntó si todavía rezaba el oficio divino. El enfermo contestó que aquel era el primer día en que no había podido rezarlo, compensándose con los quince misterios del Rosario. Y como el P. Francisco corrigiera suavemente, diciendo cinco en lugar de quince, el enfermo replicó: «no, son quince. El rezo diario de los quince misterios ha sido durante toda mi vida el arma ofensiva y defensiva».

El mismo P. Francisco Díaz nos hace una descripción de las exequias: «El cadáver fue trasladado a la magnífica sacristía del Convento de San Agustín, testigo de sus hazañas juveniles. Se organizó una guardia permanente,

compuesta por los Padres, Coristas y Hermanos y también por las religiosas fundadas por él. Acudieron a rendirle homenaje y a rezar ante sus restos mortales personas de todas las clases sociales, empezando por Mons. Fernando Cento, Nuncio de S. Santidad. En realidad, no sabíamos si rezar por él, o encomendarnos a él.

Los funerales fueron solemnísimos. Yo llevé el ataúd con otros Padres desde la Sacristía hasta la puerta del Convento, donde le colocaron en la carroza fúnebre. A mí personalmente la emoción me impidió acompañarlo hasta el cementerio.

El acompañamiento, presidido por las Autoridades religiosas y civiles fué apoteósico. La familia Almenara, muy afecta al convento de San Agustín, había ofrecido un espléndido donativo para que nada se dejara por hacer. Los periódicos publicaron fotos del finado y de las manifestaciones de cariño y gratitud que Lima entera rendía a quien tanto había trabajado en ella. Los artículos necrológicos, publicados también en la prensa, iban firmados por el P. Comisario, Fr. Graciano Montes, y en ellos se ponía de relieve el amor del P. Eustasio a aquella tierra de su predilección: «que su amor al Perú no era un mero decir, lo demuestra el hecho de haber solicitado regresar a Lima «para dejar acá sus huesos», como él mismo me dijo cuando estuve en Roma con motivo del último Capítulo General. Vió realizados sus deseos en el año siguiente, y desde entonces ha permanecido entre nosotros trabajando como siempre sin descanso, no obstante su muy avanzada edad, hasta pocos días antes de su fallecimiento».

Los restos mortales fueron depositados en el cementerio de la ciudad. Algún tiempo más tarde, se colocó sobre el sepulcro una lápida conmemorativa.

El P. Domingo Berasátegui nos ha dejado esta descripción de su carácter, muy digna de ser tenida en cuenta, pues como confesor ordinario suyo le conocía bien: «Era de genio muy fuerte, aunque eso nada quita a la virtud, ya

que se dominaba tanto, que nadie podría imaginar la fuerza que se hacía. Por otra parte, su corazón tenía la sencillez de un niño. Como buen burgalés, era serio y muy seco. Pero al tratarle, era tan apacible y amable con todos, que inspiraba la mayor confianza y así hasta los niños le tenían por sencillo y comunicativo. Era hartamente inocente, a pesar de su edad, experiencia, talento y ciencia poco común; sin embargo, su rectitud innata no le permitía transigir ni disimular, y así se le tenía por peligroso, especialmente si mediaba la gloria de Dios.

¿Era duro en el trato? Alguna insinuación he oído a ese respecto, pero debo rebatirla. No era duro, ni mucho menos. Pero sí tenía algo de eso que dicen en Castilla «llamar al pan pan y al vino vino», y eso en este mundo es muy peligroso. A mi modo de ver las cosas, le faltaba algo de tacto social, ocasionado por su vida retirada. Más parecía hombre de gabinete, que de mundo. Parece cierto que no tenía el don de arrastrar y conquistar con solo su trabajo. Si lo hubiese tenido, dados su talento y virtud, hubiera hecho milagros de muchedumbres.

En cuanto a la dirección espiritual, en estos últimos años no la ejercitaba; durante mucho tiempo no pudo ejercitarla por su misma vida de gobierno. De joven adquirió fama en el Perú, pero siempre hubo de estar envuelto en mil negocios de otro orden apremiante. Se le ha reprochado la falta de tacto que suponía escribir él mismo la biografía de la M. Rafaela Veintemilla. El estaba convencido de que se debía escribir, y al ver que nadie se preocupaba ni quería preocuparse del asunto, se vio obligado a hacerla él; y como era anciano y no tenía fuerza para dar vigor a su biografía, recurrió al método más fácil y conjuntamente el más discutido, que es el de copiar punto por punto párrafos y más párrafos de la correspondencia epistolar.

No dejaré de mencionar un hecho que me llamó poderosamente la atención y que a mi ver le retrata de cuerpo

entero. El día de Viernes santo del 1937 enfermó el predicador que tenía encargado el *Sermón de las Tres horas*, o sea, el de las siete palabras. No se pudo hallar ningún otro Padre que se atreviera a subir al púlpito sin prepararse, aunque se alegaba que la iglesia de San Agustín de Lima no podía quedarse sin ese sermón tradicional en ella. Entonces el P. Eustasio subió y predicó el Sermón como mejor supo y pudo. A mi lado dijo alguien que era muy frío el predicador y que parecía una estatua parlante, sin advertir que él mismo no se había atrevido a predicar en tan desairada situación. Al anciano le bastaba dar un ejemplo de dignidad, de humildad y de trabajo. En cuanto a esto último, se ha dicho muchas veces y con razón que «tenía el vicio del trabajo».

Aquí ponemos el punto final. Creemos que el lector de esta biografía estará de acuerdo con nosotros en definir al P. Eustasio: un hombre ejemplar. Esa nota de ejemplaridad en la piedad, en el estudio y en la acción le hace atrayente y admirable, por lo que estimamos que la labor de compilar su biografía será útil y fructífera con la bendición del Señor.

No solo hemos querido poner de relieve la perseverancia inalterable del siervo bueno y fiel, sino también alzar su vida como un espejo público para examinarnos a nosotros mismos. *Deo gratias.*

---

NOTA:

Algunos me han pedido que diera relación detallada de mis fuentes de información. No lo he creído necesario por dos motivos. Las referencias verdaderamente importantes o discutibles están consignadas en las Memorias autobiográficas, que he depositado en el Archivo de nuestro Colegio Seminario de Valladolid, para que pueda consultarlas quien lo deseara. Las otras referencias, o bien han sido anotadas, o bien están en la conciencia pública por la multitud de los testimonios. Sería prolijo enumerar todos esos testimonios que dicen lo mismo y no añaden novedad alguna a lo apuntado aquí. A todos los que me han enviado relaciones personales doy desde aquí las más expresivas gracias.